

LA FORMACIÓN MARIANISTA A LOS VEINTE AÑOS DE LA REGLA DE VIDA

SUMARIO

1. **Introducción. Del “formador” G. José Chaminade, al nuevo contexto del siglo XXI**
 2. **La Formación en la Regla de Vida de 1983**
 3. **La reflexión y la pastoral sobre Formación, posterior a la Regla de Vida**
 4. **Las necesidades actuales en Formación**
- Conclusión**

1. **Introducción. Del “formador” G. José Chaminade, al nuevo contexto del siglo XXI**

En el lenguaje de la Vida Religiosa, “formación” es hoy sinónimo de “proceso de crecimiento e identidad personal, en identificación, libre y madura, con la persona de Jesucristo”. Así lo expresa la “Guía de la formación de la Compañía de María” (nº 6): *“La finalidad básica de la formación es ayudar a los hermanos a adquirir y profundizar la identidad propia del religioso marianista, es decir, ayudarnos a progresar en la conformidad con Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres (RVSM 2)”*. ¿Ha cambiado el concepto de “formación” desde nuestra fundación hasta hoy? Básicamente podemos decir que no, puesto que Guillermo José Chaminade entendía que *“la perfección cristiana, fin primero que la Compañía se propone, consiste esencialmente en la más exacta conformidad posible con Jesucristo, Dios hecho hombre, para servir de modelo a los hombres”* (Constituciones 1839. art. 4).

Pero “formación” es una práctica, un servicio: el del “trato humano formador”, el del “sacerdocio que acerca al misterio y a la relación con Jesucristo”. Chaminade no teorizaba, sino que servía, y escribía desde lo practicado. El fundador ejercía un ministerio formativo verdaderamente ejemplar o magisterial. Deberíamos aprender de él, cómo trataba a sus hermanos, y cómo realizaba el servicio del acompañamiento formativo espontáneo. Era verdaderamente un “peregrino” y compañero de camino. En esto, sus cartas son el filón más extraordinario para conectar con nuestros orígenes, comprender cómo actuaba, qué problemas se encontraba en el tema de la formación, y qué respuestas ofrecía. No hay todavía ningún estudio sobre “Chaminade como formador y acompañante”, pero merecería la pena entrar en esta investigación no solo para conocerlo mejor (como nos proponía David Fleming en su circular de la beatificación), sino para aprender nosotros un auténtico ministerio formativo. Por ejemplo, la relación con el joven Lalanne, su primer discípulo, es a la vez de una finura extraordinaria y de una firmeza muy clara: *“A ti te parece que para hacer el bien, hay que ser independiente y enteramente independiente. Te equivocas completamente. Por otra parte, para hacer el bien ¿hay que incluso enmendarle la plana a Dios, e ir más*

allá de lo que Él quiere que hagamos?. Mira: el mejor de los servidores es aquel que no hace más que lo que su maestro quiere que haga. Atente a nuestro lema: Servus Christi, filius Mariae. (A Lalanne. Cartas. Nº 735. 18.IV.1834). Lalanne le decía alguna vez: “¿pero no se da cuenta Vd que soy joven todavía?”. Chaminade probablemente sonreiría, pero seguía ayudándole en el camino formativo, que el propio Lalanne tuvo que recorrer no sin dificultades, fracasos y éxitos: “*Tu pones siempre la razón de tu parte, querido hijo, y encima defiendes sus derechos. Derechos tan imperativos, según te parecen, que incluso tienes que abandonar lo que llamas el lenguaje de la humildad para no hacer valer más que el lenguaje de la razón. A mi no me parece que la humildad tenga que callarse cuando la razón habla: la humildad tiene el derecho y el deber de estar en todas partes*”. (A Lalanne. Cartas. Nº 599. 7-9.VIII.1831). Como vemos, Chaminade centraba en la persona de Jesucristo y en María, y desde ellos edificaba y daba los instrumentos necesarios para caminar. “*Yo estoy convencido que todo volverá a ponerse en su sitio, si tu conducta es verdaderamente religiosa, es decir si construyes sobre Jesucristo*”. (A Lalanne. Cartas. Nº 650. 29.XI.1832). Formar además con un espíritu: “*¿Se puede ser religioso sin entrar en el espíritu del Evangelio?*” (A L.Meyer. Cartas. Nº 921. 27.XII.1836). El espíritu evangélico simbolizado en María.

Chaminade lógicamente ponía un interés muy especial en las etapas de formación inicial. Baste este apunte: “*Me gustaría conocer las señales más positivas que han visto en ti quienes te han admitido al Noviciado de la Compañía de María. Para mí las señales más positivas son estas: el deseo de hacer penitencia, fruto ordinario de una completa conversión; el deseo de entrar por el camino estrecho de los consejos evangélicos, es decir, la práctica de la pobreza, la castidad y la obediencia; y si la Compañía es la forma de estado religioso a la que eres llamado, me gustaría ver en ti también las señales de una verdadera confianza en María, madre de Jesús y madre nuestra, y finalmente, las señales de un amor compasivo por todos aquellos que andan todavía perdidos por los caminos de lo mundano, para sacarlos de ellos, o para preservarlos a quienes no han caído en esa esclavitud. Este último sentimiento del amor compasivo es una de las señales principales de la vocación a la Vida religiosa*”. (A un novicio. Cartas. Nº 923. Fecha desconocida). Esta formación en la compasión o la misericordia, tan típica del corazón de nuestro fundador cuando trataba a sus hermanos (y sin embargo de la que se nos ha hablado tan poco...), aparece con claridad en las primeras Constituciones de las Hijas de María: “*El corazón de una hija de María debe ser el de una madre, o sea un corazón lleno de solicitud y compasión por todas las miserias de la humanidad, particularmente por las que comprometen la salvación de las almas, que son la ignorancia y el pecado*” (art. 8).

A los veinte años de la publicación de nuestra Regla de Vida actual, la primera pregunta que nos podemos hacer en cuanto a la formación es doble: ¿Cómo podemos seguir estando unidos a ese camino carismático formativo de nuestro fundador (fidelidad), y cómo abrir nuevas formas (nova bella) que respondan al contexto actual, tan diferente al suyo (fidelidad creativa)? Porque el cambio cultural y espiritual que se ha producido, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, nos lleva a una nueva manera de caminar hacia ese objetivo que no cambia. Un objetivo, vamos a emplear ya un nuevo lenguaje, que es una persona. Un camino que él recorre junto a nosotros. El camino de la formación es el seguimiento de Jesús. Pero el contexto es hoy también una llamada. Como decía el filósofo José Ortega y Gasset en la segunda frase que seguía a la más conocida suya: “Yo soy yo y mis circunstancias. Y si yo no las salvo a ellas,

tampoco me salvo a mí”. Salvar las circunstancias en cuanto a la formación supone evidentemente “darse cuenta” del cambio de paradigma.

Los cambios que han tenido lugar en estos últimos 40 años han sido trascendentales: en primer lugar para la cultura, la conciencia occidental y la propia espiritualidad; y en consecuencia para la “visión” cristiana eclesial, y la Vida Religiosa. Cuarenta años que se dividen en dos fases: del Vaticano II y la decisión de la “reforma”, a la promulgación de la Regla (1983); y de esta hasta 2003, en que celebramos unas casi bodas de plata... La Regla de Vida es testigo de un cambio vital, de un “giro de la cultura”. Es la vida la que nos ha cambiado, no la Regla. Es Dios el que nos ha llamado en medio de este “paso del Mar Rojo” cultural y espiritual. Y muchos hemos caminado escuchando su voz que nos lanzaba hacia algo nuevo (“mirad que hago nuevas todas las cosas”, “nova bella elegit Dominus”), con humildad, con equivocaciones también, pero con ganas y disponibilidad. Algunos, también hay que decirlo, no han escuchado bien la llamada de Él, y se han contentado con el nostálgico “¿por qué cualquier tiempo pasado fue mejor?”, pregunta que la propia Biblia dice que nunca la hace un “sabio”, es decir, una persona con una cabeza bien puesta (Qohelet 7,10). ¿Qué “paso” o pascua hemos vivido (o estamos viviendo)? Pues el paso de la vida basada en lo reglamentado a la personalización, de la clausura a la apertura, de la autosuficiencia a la comunión en la Familia marianista y la misión compartida, del “santo pensamiento único” al pluralismo de la universalidad de misión, de la “vida en común” a la “vida comunitaria”, del acallamiento de los sentires al diálogo y al compartir, de la autoridad “sacra” a la animación y el diálogo, de la oración pietista a la liturgia, etc.

Para algunos, el “darse cuenta” ha significado un desconcierto o un perder el tren de la historia, porque eso no les ha llevado al cambio personal. Para muchos, afortunadamente, el nuevo contexto les ha hecho emprender el nuevo camino, al que responde la Regla de Vida de 1983. El cambio ha sido más claro en cuanto a la formación inicial, porque esta ha sido impulsada por la Compañía desde una nueva conciencia y un nuevo planteamiento, y las nuevas generaciones de religiosos (salvo contadísimas excepciones) traen un nuevo talante y un nuevo plan personal de formación. Pero lo que está por ver es el cambio en la “formación permanente”. De hecho este es un tema relativamente nuevo en la historia de la Vida Religiosa y de la Compañía. Y sobre las personas implicadas en él, un gran porcentaje pertenece a un modelo de formación anterior, lo cual supone un desfase a veces difícil de subsanar. En este desfase, cuando nos encontramos con personas mayores dispuestas a vivir en este nuevo modelo con paz y confianza, da gusto, porque además no esperan que les programen la formación, sino que se la plantean ellos muy bien; el problema es cuando se vive “molesto” en el nuevo modelo, porque no se ha comprendido y aceptado el cambio producido. Se vive en el nuevo modelo sin espíritu; que es lo peor que puede pasar, porque entonces, a nivel formativo o espiritual, no se está ni en el anterior ni en el actual modelo, se “trampea” y se termina, en el peor de los casos, no solo en estar molesto sino en molestar, en ser “personas tóxicas”. Este es un contexto familiar, ya no externo, que conviene tener en cuenta para ofrecer ahí verdaderamente el mejor servicio de sanación, nuevo nacimiento, y replanteamiento del camino personal. Chaminade es en este sentido un modelo porque intuyó los cambios y acompañó. Ahora nos toca a nosotros, desde la Regla de Vida seguir descubriendo los nuevos contextos, vivir desde nuevas respuestas y siempre acompañando el proceso personalizadamente.

2. La Formación en la Regla de Vida de 1983

Jesucristo y los primeros formadores

El punto de partida está en el decisivo y fundamental capítulo primero. Allí se dice en el artículo 2: *“Dios, al llamarnos a ser marianistas, nos invita a seguir de una manera especial a Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de los hombres. Nuestro fin es llegar a la conformidad con él y trabajar por la venida de su Reino”*. Formación es entonces el proceso de “seguimiento” de Jesús, expresado también como “conformación” o “conformidad” en cuanto a su persona, y como “trabajo” en cuanto al Reino. Un comienzo cristológico, que ya hemos visto enlaza con nuestros orígenes. Chaminade quería enraizar la formación en Jesucristo. Y al mismo tiempo, el artículo añade el título “hijo de María” con una gran intención y proyección, ya que introduce un tema del carisma como es el papel de María en la formación: nos dejamos formar por ella (en “su seno maternal”) para llegar a ser como su hijo, para ser plenamente “cristianos”: *“Concédenos ser formados por Ella a semejanza de su hijo primogénito”* (Oración de alianza con María). Así somos nosotros también “hijos de María”. En el mismo capítulo primero se vuelve a esta acción materna de María en unión estrecha con el gran agente formador que es Dios mismo por medio del Espíritu Santo: *“Así, el Espíritu Santo, en cuya acción coopera María con amor de madre, puede formarnos más plenamente a imagen de su Hijo”* (art. 6). Pues así tenemos planteados en la Regla el objetivo, que es la identificación con Jesucristo, su seguimiento, y los formadores primordiales, que son el Espíritu (“entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos”) y María. Por tanto, ¿qué es formar, formarse? Pues crecer en Jesús, dar la talla o madurez cristiana, hacer espacio en el interior para que la obra del Padre se consolide y llegue a término, y disponer la vida para la “formación” de un mundo, de una tierra, de una historia, preñados del Reino, tocados por el Evangelio trans-formador. Desde ahí construye la Regla su discurso...

Los capítulos “seis” de la Regla: personalización, integración, permanencia

Una vez situado el punto de partida, la Regla organiza el desarrollo del tema “Formación” en los capítulos 6º, del primer y segundo libro. Si nos detenemos en los artículos 83, 84 y 90, descubrimos ya la nueva “visión”: *“Con el fin de alcanzar sus objetivos, la Compañía de María pone un cuidado especial en la formación de sus miembros. Lograr la plenitud de Cristo es tarea de toda la vida; por eso la fidelidad a la vocación exige que cada uno se preocupe activamente de su formación y renovación, aprovechando las oportunidades que se le ofrecen”*(art.83). Dos grandes afirmaciones: la formación como “lograr la plenitud de vida en Cristo” (vuelve la Regla al capítulo primero, con su objetivo cristológico); y la dimensión personalizadora de la formación (“que cada uno se preocupe activamente...”). Esta es la señal del cambio que se ha producido. La formación no nos la “programan” y dirigen por nosotros y para nosotros. Es un crecimiento personal en el que yo soy el actor y primer responsable. La “personalización” es por tanto una de las grandes palabras de la Regla en la Formación, y está teniendo consecuencias muy claras en los procesos actuales de la vida marianista. Por lo menos en los objetivos y talentos de los responsables de la formación, y en los medios que se están empleando, tanto en formación inicial como la permanente.

El artículo 84 plantea la formación como “integración” de las distintas dimensiones de la persona: *“En cada etapa los objetivos de la formación son: ayudar a cada uno a vivir su compromiso de religioso marianista, progresar en madurez humana y en profundidad espiritual, y prepararse para el servicio apostólico. Para conseguir estos objetivos se requiere en la formación una combinación equilibrada de los aspectos espiritual, intelectual, moral y apostólico.”* Queremos vivir hoy una formación integradora porque es toda la persona la que crece “a la medida de la plenitud de Cristo”, y no solo su mente (formación intelectualista) o su espíritu (formación espiritualista). Por último, la Regla ofrece el criterio de “permanencia” aplicado a la formación, un tema que pertenece ya al lenguaje y a las políticas sociales: *“El crecimiento en la fe y la adaptación del trabajo apostólico a las necesidades de los tiempos exigen una formación permanente en todas las etapas de la vida. El estudio personal, la reflexión a la luz del evangelio sobre nuestra vida y experiencia y el enriquecimiento mutuo en la vida comunitaria son los medios normales para alcanzar este fin...”* (art.90).

3. La reflexión y la pastoral sobre Formación, posterior a la Regla

El Diccionario de la Regla de Vida (1990) ha supuesto el primer hito de reflexión oficial sobre el tema, con el artículo “Formación” (Manuel Cortés). En él se analiza con densidad y sistemáticamente: el vocabulario, la formación como discipulado (de Jesús, el Espíritu Santo y María), los objetivos de la formación, los ámbitos e instrumentos de la formación, y las etapas que la componen. El artículo analiza ya a fondo los temas que en apartado anterior han quedado esbozados o señalados, y los detalles del ministerio formativo tal como quedan especificados en el libro segundo de la Regla. Lo más significativo puede ser precisamente el carácter cristológico del tratamiento de la formación, en línea con lo que se ha comentado anteriormente y hemos visto en las alusiones al fundador; el apartado 2 “la formación del discípulo” sienta las bases verdaderamente cruciales para enfocar este tema a la vez desde el Evangelio y la personalización espiritual.

Precisamente Manuel Cortés ha sido el responsable, junto a José María Arnaiz, de coordinar el proceso que nos ha llevado a la “Guía de la formación de la Compañía de María”, aprobada por el Consejo General el 21 de Octubre de 1996. La guía es un hito histórico en la Compañía, porque a partir de ahora disponemos de un documento marco para la reflexión y la programación de nuestras propias guías en las unidades respectivas. La Guía de la formación es también resultado de un largo proceso de encuentro e intercambio entre los formadores marianistas de todo el mundo, concretado en encuentros regionales a lo largo de la década de los 80-90, y el primer encuentro internacional de formadores, que tuvo lugar en Roma en Noviembre-Diciembre de 1994. Este último encuentro fue el espaldarazo definitivo a la Guía, ya que se presentó como documento de trabajo, y fue analizada durante una semana por todos los grupos, de culturas tan diferentes. De las propuestas y aportaciones que surgen de dicho encuentro, brota el texto definitivo.

Una novedad que aparece con fuerza en la Guía, y que era tema gravitando en los capítulos generales de esos años es la “inculturación”. El debate sobre el equilibrio entre las “culturas” y la “cultura marianista” se deja sentir en los años 90 e influye especialmente en el lenguaje y los nuevos planteamientos en el ámbito de la Compañía. Así lo expresa la propia Guía: *“Esta guía de la formación de la Compañía de María” se sitúa en el contexto actual del mundo y de la Iglesia, y trata de responder con audacia y*

lucidez a sus desafíos. Presupone, por un lado, la fidelidad al hombre nuevo manifestado en Cristo, y por otro, al necesario proceso de inculturación de este hombre nuevo en las distintas realidades culturales en que la Compañía se encarna”(nº1). La Guía fundamentalmente pretende “*presentar de una manera más desarrollada, concreta y adaptada, cuanto se dice en la Regla de Vida o en los documentos de la Iglesia o de la Compañía de María sobre la formación*” (nº2). Es decir, primeramente es la Regla la referencia primera, y esta Guía es su “comentario” ampliado si se quiere. En este sentido los capítulos sobre Formación son “privilegiados” por este hecho ya que ningún otro tema de la Regla tiene un documento propio orientador.

Pero se afirma además que se ha querido estar en relación con el magisterio eclesial en lo que se refiere a la formación. Dos han sido los textos fundamentales desde la “*Perfectae caritatis*”(1965) hasta nuestros días. Primero vino la instrucción “*Renovationis causam*” (1969) “sobre la renovación adecuada de la formación para la Vida religiosa”. Este documento guió la renovación posconciliar en cuanto a la formación inicial. Por ejemplo, el “nuevo Noviciado” del Vaticano II se debe a este trascendental texto que supuso un giro muy importante en el fondo y en la forma. Yo creo que la instrucción “*Renovationis causam*” no ha sido superada, porque es a ella a quién debemos el gran cambio. Un cambio que se intuía, que se preparaba (había formadores antes de la “*Renovationis causam*” que ya se adelantaban...), como tantas cosas del Vaticano II. Un concilio, que más que tres años de debates fue en realidad un largo periodo de medio siglo en el que se fraguó la “nueva reforma” de la Iglesia católica.

Los textos siguientes es ciertos que traen una teología más elaborada y nuevas perspectivas, pero se puede decir que beben de aquella “puerta” que se abrió. De todas formas citaremos las nuevas aportaciones magisteriales de los años 90: *Potissimum institutioni* “Orientaciones sobre la Formación en los Institutos Religiosos” (2-02-90) y “Colaboración entre los institutos para la Formación” (8-12-98) (ambos textos, de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica). Dos años antes del último documento que invitaba a una práctica cada vez más extendida, la colaboración entre los distintos institutos, se publicaba la Exhortación Apostólica postsinodal: *Vita Consecrata* (Juan Pablo II, 25-03-96). Era el mismo año de la publicación de nuestra “Guía de la formación”. *Vita consecrata* consagra los grandes temas de la nueva visión. No hay nada más que leer por ejemplo el nº 65, “las exigencias de la formación inicial”, para darse cuenta de la extraordinaria sintonía con nuestra Regla de Vida, promulgada trece años antes: el objetivo cristológico del seguimiento, los criterios de personalización, integración y permanencia... A la que se le añade el criterio comunitario (nº 67, que aparecerá con fuerza en nuestra Guía), y la necesidad de una “ratio completa y actualizada” (nº 68). Como vemos el diálogo en el interior de la Iglesia sobre este tema es evidente, y se ha ido logrando una comunión de criterios y de líneas de acción.

4. Las necesidades actuales en Formación

La formación inicial

Si la Formación es la piedra de toque del nacimiento y sobre todo del desarrollo de un grupo religioso, la formación inicial es el meollo de esa piedra fundante. Es verdaderamente la “primera piedra” del edificio que se va a construir, el edificio de la persona y de la comunidad. Una tarea de una importancia trascendental. Cuando se lee

las Constituciones de la Compañía de Jesús (una Regla que viene de Ignacio, intocada...) uno se queda maravillado del monumento a la formación que es. Porque se apuesta por lo más importante: construir personas sólidas, con cimientos y a la vez con los instrumentos necesarios para el crecimiento personal a lo largo de los años, teniendo en cuenta las circunstancias tan diferentes que se puede uno encontrar. Ignacio quería para su Compañía una marca formativa muy grande. De hecho el grupo misionero que desde el principio iba a funcionar tenía que estar compuesto por personalidades capaces de crecer y vivir su consagración desde una responsabilidad personal únicas (pensemos en el caso de Francisco Javier, enviado tan pronto a una misión de tanta envergadura...). G. José Chaminade tuvo que observar esa "formación" en su hermano Juan Bautista, primero jesuita, y luego director del colegio San Carlos en Mussidan. De hecho, los "hermanos Chaminade", aunque en la placa que hay en Mussidan donde estuvo el colegio, diga equivocadamente que fueron sus "fundadores", sí ejercieron una orientación formativa fundamental.

En los orígenes de la Compañía, la formación inicial fue evidentemente una preocupación y una tarea crucial. Y hoy esa preocupación adquiere rasgos especiales. Dice "Potissimum institutioni: *"En las circunstancias actuales y de modo bastante general, se puede decir que el diagnóstico de la "Renovationis causam" conserva toda su actualidad: "La mayor parte de las dificultades encontradas en nuestros días en la formación de los novicios provienen del hecho de que estos no poseen, en el momento de su admisión al noviciado, el mínimo de madurez necesaria". Ciertamente no se le pide a un candidato a la vida religiosa ser capaz de asumir inmediatamente todas las obligaciones de los religiosos, pero se le debe juzgar capaz de conseguirlo progresivamente. Poder juzgar de esta capacidad justifica que se de el tiempo y los medios para ello. Tal es la finalidad de la etapa preparatoria al noviciado, prenoviciado, etc."* (PI. N° 42).

¿Cuáles son las necesidades más importantes de los formadores marianistas de formación inicial en este momento? A menos de un año para la celebración del próximo encuentro de nuevos formadores de la Compañía de María (verano de 2004), puede ser interesante reflexionar sobre esta pregunta. Mi respuesta tiene las siguientes concreciones:

1° Los candidatos. Es la primera necesidad que tiene la Iglesia y la Compañía. Sin ellos, las demás necesidades son superfluas. Esto significa que la tarea de los formadores depende de una pastoral general y especialmente juvenil muy cuidada y pacientemente aplicada.

2° Discernir y seleccionar qué candidatos. No solo necesitamos candidatos, sino buenos candidatos para la Compañía de María. Aprender a discernir y seleccionar, sea en la etapa que sea, qué candidatos necesitamos es la segunda urgencia. Esto me parece crucial en este momento, cuando la escasez de vocaciones en Europa o Norteamérica, o la relativa "abundancia" en otros países, parece invitar a "cuantos más mejor".

3.º Autoformación y preparación espiritual para este ministerio. Sea en etapa previa, lo cual es lo mejor, sea a partir del nombramiento como formadores. La autoformación debe entenderse en primer lugar como autoformación en la fe y en la vocación marianista. El primer "formado" debe ser el propio formador. Nadie enseña o forma, si primero uno no ha vivido o practicado el camino por el que va a acompañar a los otros. El camino espiritual del propio formador, vivido como un proceso consciente y cuidado es la mejor garantía de otras preparaciones.

4.º Tres libros de cabecera: la Palabra de Dios, la Regla de Vida y la Guía de la formación. No en tanto en cuanto "libros" sino en cuanto espíritu y vida, en cuanto referencias o alimento del camino. Necesitamos formadores que cimienten en la Palabra, que ilusionen con el carisma, y que afiancen un método y unos criterios.

5.º Un "sentido de orientación" ante la situación de la Iglesia y de la Vida Religiosa hoy. Necesitamos "maestros" más que "profesores"; gente que enseñe por su apertura a lo que el Espíritu está suscitando hoy, a nivel de acontecimientos del mundo, de la marcha de la Iglesia, o de la Vida Consagrada. Formadores despistados o que se encierren en tal o cual detalle o "línea" de la Iglesia o de la Vida Religiosa, pueden ser un problema, porque no abrirán o afianzarán a los candidatos. Necesitamos formadores "críticos" y a la vez afianzados en una visión espiritual; con una buena dosis de sentido común, y empatía con las nuevas generaciones. Necesitamos formadores que hayan asumido plenamente el espíritu de nuestra Regla, y que se hayan formado en el espíritu de la Familia marianista. Formadores que sepan acompañar, señalar el paso de Dios en la historia personal y comunitaria.

La formación permanente o el camino ante el "novum" histórico

"Estamos en un mundo tan nuevo! Me encuentro en Francia casi como en tierra extranjera, No sé ahora mismo qué decir ni qué hacer; estoy como a la espera que los acontecimientos me lleguen, más que ir yo por delante de ellos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la santísima Virgen". (A Lalanne. Cartas nº 575. 20. I. 1831). Este era nuestro fundador, un hombre que se dejaba interpelar por el curso y los cambios de la historia, y desde ahí discernía, tomaba decisiones. "¡Estamos en un mundo tan nuevo!". Es muy interesante cómo se dejó interpelar por el "novum".

"Guillermo José Chaminade, sacerdote, desarrolló en la diócesis de Burdeos un ministerio siempre fiel y, a menudo arriesgado, en los años difíciles de la Revolución Francesa. Después se encontró ante una situación apostólica nueva: ignorancia de la fe, indiferencia religiosa, abandono de la vida cristiana y descomposición de las estructuras de la Iglesia. Deseando consagrar el resto de sus días a infundir nueva vida en la Iglesia, pidió y obtuvo el título de Misionero Apostólico. Bajo el influjo del Espíritu santo fue comprendiendo que para aquellos tiempos eran necesarios medios nuevos: instituciones nuevas, métodos nuevos y hasta un nuevo tipo de misioneros" (Regla de Vida. "Nuestros orígenes"). Nuestra Regla de Vida presenta de esta manera al fundador, en clave de "novedad", de "renovación", de "hacer nuevas todas las cosas". Es el mensaje de Isaías: "Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento; sino que habrá gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear: mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría, y a su pueblo en gozo." (Is 65,17ss); "No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando ¿no lo notáis?" (Is 43,18ss). En el Nuevo Testamento, Pablo concentra esta novedad en la persona de Jesucristo: "El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo" (2 Cor 5, 17). Juan, en su revelación del sentido último de la historia vuelve a repetir el mensaje de Isaías: "Entonces dijo el que estaba sentado en el trono: "Mira que hago nuevas todas las cosas" (Ap 21,5).

La formación permanente es precisamente el camino que, desde la responsabilidad personal y las políticas o líneas de acción comunitarias o provinciales,

nos hace responder a los retos del presente, de cada presente histórico, y de su “novum”. G. José Chaminade antes de hacer ninguna reflexión doctrinal sobre esta novedad, vivió el paso de lo antiguo a lo nuevo desde su propia historia. Fue un guía de la fe y de la historia de la Iglesia, que abierto al Espíritu y acompañado por María, descubrió las transformaciones que Dios quería. Y algunos de los discípulos encarnaron esa novedad incluso de forma llamativa: *"Ni rigoristas ni exclusivistas, ni atados por costumbres antiguas y accesorias, desprovistos de todo prejuicio y de toda influencia partidista, (los primeros marianistas) caminaban sencillamente hacia Dios"* (Lalanne. Memoria. 23 Febrero 1842). *"Aunque no somos hombres del mundo, eso no significa que seamos hombres de otras edades o de otros países. Nuestras vidas no están escondidas, retiradas en el desierto... Estamos persuadidos de que para actuar en el mundo, debemos conocerlo, y por lo tanto mezclar nuestra vida con todos los movimientos que influyen en el entramado de una época y reclaman un nuevo orden de cosas"* (Juan Bautista Lalanne). "Un nuevo orden de cosas". León XIII tardaría cincuenta años en ponerle este título a su gran encíclica (Rerum Novarum). Pero Lalanne estaba diciendo bien alto lo que Chaminade había ido creando desde 1800. "Mezclar nuestra vida con todos los movimientos que influyen en el entramado de una época". Es fuerte ¿no? Lalanne fue quizá el "enfant terrible" y a veces una cruz del fundador, pero su figura y sus hechos (puesto que no eran solo palabras), son muy representativos de los orígenes marianistas y de la vena libertaria y creativa que todos llevamos dentro. Lalanne plasmaba muy bien una de las caras del fundador, aunque le faltaba a veces la serenidad, la prudencia, y la caridad de Chaminade.

Pero, el fundador era consciente de que había empezado un nuevo orden de cosas: así define su estilo cuando escribe al rey Carlos X: *"Igualmente enemigos de las innovaciones imprudentes, como de las ciegas rutinas, hemos sacado provecho de las nociones adquiridas por los modernos, sin apartarnos de los principios consagrados por la experiencia"* (Chaminade. Cartas. nº 327). Fue un pionero de una fe nueva, y todas las cosas que creó, tanto con los seglares, como con el Instituto de María, no fueron sino apertura a lo nuevo que crea Dios entre nosotros. Él pone en María el protagonismo de la renovación eclesial, entiende la misión desde las nuevas perspectivas que Dios ha abierto con la persona y la Palabra de Jesús. Leyendo el texto de Jueces en el que la batalla de Israel contra Sísara es capitaneada por Débora (Jc 4-5), el P. Chaminade confirma estas palabras de un comentarista de su época: *"El Señor ha elegido nuevas batallas (Nova Bella elegit Dominus), y una nueva manera de hacer la guerra, porque ha puesto al mando de su ejército a una mujer, y ha tomado como soldados a hombres desarmados"*. Igual que Barac pidió que Débora se pusiera la frente del ejército, nosotros tenemos a María, que inspira la obediencia a la palabra de Dios y a sus planes. María señala a la Iglesia "nuevas formas de evangelizar". Es el "espíritu de María", el espíritu de la encarnación. El Capítulo General SM de 1996, "Camino de esperanza", tomaba la divisa chaminadiana como una llamada para el hoy de nuestra vida marianista y misionera:

"El lema de nuestro Fundador Nova Bella Elegit Dominus tiene hoy una especial resonancia en nosotros y nos anima a asumir con responsabilidad y audacia el papel que nos corresponde en la Iglesia. Sabemos que nuestro carisma tiene mucho que ofrecer a la Iglesia y al mundo, y queremos llevarlo a la práctica bajo la inspiración de María. Somos especialmente conscientes del testimonio profético de nuestra composición mixta. La renovación actual de nuestra vida nos ofrece muchos signos de esperanza. La expresión evangélica Vino nuevo en odres nuevos (Mc 2,22) sintetiza la

manera de responder a todos estos desafíos. Evoca una realidad nueva, una vida religiosa marianista renovada, capaz de inspirar esperanza y de testimoniar la Buena Nueva en la Iglesia de hoy. Al mismo tiempo, habla de unas nuevas formas externas - organizativas, estructurales -, aptas para recibir ese "vino nuevo" que es el don de Cristo en respuesta a las palabras de María: "Haced lo que El os diga"(Jn 2,5). Nuestra situación nos pide una renovación urgente y profunda de nuestra vida personal y comunitaria como marianistas. También la Compañía de María, como conjunto, debe adaptar su organización y sus procedimientos a las necesidades y situaciones de hoy, de forma audaz y realista. En muchas partes de la Compañía se han dado ya pasos para avanzar en este proceso de renovación. En particular han sido de gran ayuda los distintos programas de renovación espiritual a los que animaba el último Capítulo General. Este Capítulo desea expresar su estima por los esfuerzos que se han hecho y reconocer los progresos realizados hasta ahora. Anima a las provincias a evaluar dichos programas y a proyectar nuevas etapas de renovación." ("Caminos de esperanza" n° 18; 23-24. XXXI Capítulo General SM. 1996)

"Nova Bella elegit Dominus". Nuevas luchas fueron las suyas, pero como consecuencia de una sensibilidad que tenía de que ciertas cosas no servían, y de que había que empezar un "nuevo orden de cosas". Los hombres abiertos al Espíritu tienen como frutos en sus vidas muchas cosas (la alegría, la paz, la cruz, la capacidad de amar y ser solidario, la apertura a lo de Dios y su Reino, la simplificación de la vida en lo esencial, la austeridad de vida, el fin de los discursos teóricos y la entrega concreta de la vida...). Pero un fruto importantísimo del Espíritu es siempre la "creatividad" o como decimos en la tradición marianista "la adaptación", la capacidad para estar abiertos a lo nuevo como signo de que Dios sigue creando el mundo. Por eso la incapacidad para cambiar, para aceptar la novedad que Dios trae (y la trae muchas veces a través de los cambios del mundo, a través de lo mundano) es una señal de cerrazón al Espíritu.

La formación permanente es pues, un triple camino de "novum" en nuestras vidas:

1. Formación para la renovación personal. La Compañía ha realizado estos últimos años un esfuerzo por este camino, con los programas de renovación. Es cierto que las personas no se renuevan desde arriba, por decreto. Si uno no quiere, no hay renovación, pero también es cierto que las llamadas que surgen desde arriba o desde abajo, de hecho nos mueven a situarnos en actitud de replanteamientos, conversión, y acogida de la palabra que se me dirige personalmente. ¿Cuál ha sido nuestra respuesta a esta llamada? ¿Qué instrumentos de renovación estamos utilizando?

Pienso que aquí hay que situar una reflexión sobre el "**proyecto personal de vida**" como herramienta de esta recreación de vida marianista. Un Proyecto que es primero una conciencia de la llamada que estoy percibiendo, una "recreación de la vocación", la "vocación hic et nunc". Desde esa acogida de la Palabra que el Espíritu suscita en mi corazón, como María, podremos "encarnar la palabra" que me renueva, creer para tener vida en plenitud. Esta es la primera parte del Proyecto. Es la parte de Dios, y hay que darle tiempo y espacio. Es la Buena Noticia del Proyecto, la conciencia de que El Proyecto no es mío sino de Dios. Es Dios quien tiene un proyecto para mí. Un proyecto que se resume en que "me quiere, quiere algo para mí, y quiere algo de mí". Desde esta "primera parte" se busca una respuesta, en forma de objetivos y de medios, que tienen que ver con esa llamada.

2. Formación para la renovación comunitaria. Íntimamente relacionada con la personal, hasta tal punto que si esta no se da, nunca la comunitaria podrá suplirla. Pero sí es cierto que un nuevo modelo de vida comunitaria es un factor importantísimo en la renovación de la propia Vida Religiosa y marianista. La pregunta es ¿cómo contribuimos a esa comunidad nueva? ¿Qué damos y qué recibimos? Pero la comunidad no puede centrarse en sí misma, en su propia renovación. Solo nos renovamos si tenemos en cuenta la doble mirada de la Oración sacerdotal de Jesús (el Padre, y el mundo en el que hay que consagrarse con la verdad de la Palabra) o la de María en Caná: hacia el vino del Reino, y hacia el mundo y sus carencias y necesidades. Por eso la renovación comunitaria solo será verdadera y creíble cuando testimonie esa doble mirada o relación: Dios y Misión. Las dos. No una sola. Es cierto que la vida marianista ha sido muy sensible a lo comunitario. Pero el mayor servicio que podemos prestar a este rasgo de nuestro carisma, es fundamentarlo bien desde la experiencia de Dios y desde la implicación misionera. Cuando queremos colaborar en crear o ayudar a otras comunidades ¿les ayudamos a renovarse desde esta doble mirada?

3. Formación para la renovación misionera. Fue el punto de partida de la historia marianista, y tiene que serlo en cada momento de nuestra propia historia. Como acogida de la palabra de Jesús que el Espíritu suscita en cada momento, para encarnar esa palabra de verdad y de vida que es el Evangelio. Esto significa una pregunta sobre nuestro discernimiento personal y comunitario ante esta palabra siempre de renovación. También debemos reflexionar sobre las realidades (signos y a la vez instrumentos) que Dios mismo está suscitando entre nosotros estos años. Esta lectura de los signos de renovación es muy importante. Uno de los signos más fuertes es la nueva realidad de la Familia Marianista, como Comunión (un mismo Carisma que es de todos, y cuatro ramas), como nueva conciencia histórica (de vida y misión), y como llamada a la conversión de mentalidad y de acción (la espiritualidad y misión compartida).

Conclusión

Los veinte años que ha recorrido nuestra Regla hasta hoy, han contemplado acontecimientos históricos para el mundo y para la Familia marianista. No somos los mismos en 1983 que en 2003. Porque la beatificación de G. José Chaminade ha supuesto un espaldarazo público de nuestro carisma. Aquella mañana del 3 de Septiembre en la plaza de san Pedro se escuchó el espíritu de la Regla; “palabras de vida” tal como empieza José María Salaverri su carta de presentación de la misma, porque son palabras del fundador que nos llevan a vivir de Jesús y para el mundo, palabras que nos forman porque nos dan identidad y nos modelan en el espíritu de María, la “formadora”. No somos los mismos porque aquel día, junto a la tumba de Pedro, junto con muchos hermanos de otras espiritualidades, vivimos una experiencia de verdadera familia, y escuchamos bien alto que lo que se fundó hacía doscientos años era una Familia espiritual, plural y en comunión. La Regla de Vida de la Compañía no es ya solo de la Compañía, es de todos y para todos. Es un regalo para la Familia marianista. A ella le debemos el camino formativo recorrido. Los seglares nos han formado, nuestras hermanas marianistas nos han formado, los hermanos que nos han precedido nos han formado. Una formación que nos ha hecho crecer y caminar en el seguimiento de Jesús y en el trabajo por el Reino.